

EL FÍGARRO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 14 DE JULIO DE 1895

Num 13.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Víctor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

Co-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

Teatro

ESTRENO DE "JÚPITER"

DRAMA EN PROSA DE FRANCISCO GAVIDIA

I.

El martes se verificó el estreno del hermoso drama de nuestro eximio poeta y prosista don Francisco Gavidia,—á beneficio de la señora doña Dolores R. de Buxéns. Diré, ante todo, que la representación estuvo.....pésima, debido quizá á los pocos ensayos que de él se hicieron ó quizá al descuido que va haciéndose proverbial en los actores de la Compañía Julibert, con su poco empeño en estudiar á fondo los papeles y sus ningunos esfuerzos para comunicarles vida á los personajes que les toca representar. Casi siempre sucede que el mayor trabajo le queda al consueta, el cual tiene que esforzarse y alzar la voz á fin de ser oído por los actores, resultando de aquí que los espectadores se sienten desagradados al tener que escuchar al mismo tiempo las voces del apunte y del actor, que alternan en la escena. Gracias á que nuestro público es demasiado tolerante, se debe que hayan dejado pasarse estas censurables irregularidades.

Sin embargo, hay que consignar, como un acto de justicia, que la señora Rodríguez, la señorita Maza y el señor Buxéns se apartan un poco de la regla y se les ve mayor interés en desempeñar bien sus partes, esforzándose por obtener el beneplácito del público. En el estreno del drama de que me ocupo vióse á los esposos Buxéns hacer cuanto pudieron por el mejor éxito de la pieza, y debido á sus esfuerzos ésta pudo salvarse, aunque trabajosamente. Confieso que el Júpiter hecho por Buxéns, si es verdad que no estuvo á la altura que era de desearse, fué interpretado satisfactoriamente, lo mismo que el papel de Blanca, á cargo de la señora Rodríguez de Buxéns.

El Doctor Celis, desempeñado por Huertas, no puede haber estado peor, y ello por culpa de

no ser este actor muy á propósito para los asuntos serios, así como tampoco lo es Lopecito, que hizo un Padre Delgado divertido y verdaderamente risible. Este actor tiene cogido al público por el lado flaco,—lo que equivale á tenerle embobado,—y no necesita más sino abrir el pico para que éste se desternille de risa, venga ó no al caso. Así, viósele esforzarse por parecer serio, como convenía á su papel, y el público dijo *nonnes* y se empeñó en hallarle gracioso. La verdad es que á este Lopecito le retoza la gracia por el cuerpo, é incita involuntariamente á la alegría con su rostro jovial y su aire malicioso.

Beltranena, caracterizado por Carbonell, no fué ni con mucho la sombra del personaje imaginado por el autor. Beltranena es la representación típica de la nobleza de la Colonia, inflada y neciamente poseída de la vanidad de sus pergaminos, y en la escena debió aparecer tal cual debe ser: altivo, irónico, con la ironía cruel é insolente del que se cree superior á los demás; despreciativo y maligno al mismo tiempo, pero con modales correspondientes á la gerarquía á que pertenece. Carbonell, con todo y ser un artista muy dedicado, como lo ha probado en diversas ocasiones, se descuidó bastante en la ejecución de su papel, y aun olvidó el aprenderlo de memoria para tener así más libertad en el accionado y no estar pendiente del apuntador.

Engracia (criada), á cargo de Lolita Maza, estuvo bastante bien, tanto cuanto lo permite el papel secundario que le tocó. Esta joven y simpática artista, que desde hace días viene llamando la atención del público por la sinceridad y propiedad en el desempeño de sus papeles, merece aplausos por su talento, que unido á su gracia natural y al atractivo que se desprende de su persona, habrá de conquistarle muchas simpatías. Se nota que es estudiosa y que se esfuerza por darles vida y animación á los personajes que caracteriza, y si no fuese por su voz, que es bastante débil y que por momentos parece velada, no dudamos que obtendría mayor éxito. De todos modos es digna de ser felicitada.

Para terminar esta ligera reseña de la función, diré que los trajes no estuvieron apropiados á la época del drama y que aun en uno de ellos hubo algo de ridículo. Ejemplo: Júpiter cubierto con un rebozo á guisa de delantal, en

vez de llevar encima el poncho que se usaba anteriormente y que aún se conserva en algunos lugares de América. Un hombre cubierto con un rebozo es hartamente ridículo, y de ahí que produjera cierta hilaridad en el público. Beltranena, también, me pareció un tanto *modernizado*, con su traje de coronel á la usanza de nuestros días.

II

Júpiter es una creación grande y hermosa. Representa el estado social de toda una época. Es la figura alta y magnífica de nuestro pueblo, siempre soñador, altivo, generoso, valiente, ambicioso, empeñado en perseguir nobles ideales, pero sugeto siempre al fatalismo de su mala educación, llena de todos los errores tradicionales de la Edad Media. Ha heredado todos los vicios de la época del coloniaje; todos los fanatismos y supersticiones de una raza ignorante y envilecida; y permanece siempre apegado á sus primitivas ideas, que se aferran en su alma con tenaz insistencia, como si formaran parte integrante de su organismo. A través de cien generaciones, conserva, aunque diluidos en un barniz de civilización y de cultura, la antigua humillación del esclavo, el respeto y acatamiento á los viejos hábitos de servidumbre, el temor al amo, mezclado de odios y rencores; la idea teocrática amalgamada á la idea política, formando la sola y poderosa fuerza impulsora de todos sus actos. Setenta años de educación democrática no han podido hacerle olvidar sus trescientos años de esclavitud, y continúa siendo víctima del atavismo heredado de aquella pobre raza degenerada y enferma de nuestros progenitores, humillada por el látigo del Conquistador. La educación moderna, con sus tendencias de regeneración, le liberta y le hace soberano de sí mismo; le pone en camino de conocer su propia fuerza y la grandeza de su destino; pero en su alma conserva aún los últimos girones de sombra de su antigua vida miserable: se verifican en él reacciones espantosas: el poder le vuelve loco é implacable: su cerebro se aturde: padece vértigos de sangre: tiene sueños imposibles; desvaríos de una mente poblada de visiones y fantasmas. En medio de las sombras que se amontonan en su espíritu, se le aparece á todas horas la amada visión blanca. Ama la libertad sin darse cuenta de ello, dominado como se halla por sus confusas ideas teológicas y políticas; y después que la ha obtenido, se siente deslumbrado y en un paroxismo de odio, de locura, de venganza, de resentimiento inmenso, ahoga entre sus brazos hercúleos al padre de su libertad, y de rechazo hiere á ésta, perdiéndola para siempre.

Blanca, en mi concepto, simboliza la libertad. *Júpiter* la ama como una necesidad imperiosa de su corazón, como la grande aspiración de su alma; pero él es un esclavo y no la comprende: está todavía muy por debajo de ella. Las ideas de éste, estrechas, oscuras, confusas, atropelladas, incoherentes, le tienen maniatado y no le permiten más atrevimientos que los de la fuer-

za brutal é inconsciente. Por eso, cuando se halla investido del poder, no piensa en acercarse á ella sino por la violencia, á que le conduce la fuerza de sus pasiones y el conocimiento que tiene de que no llegará á poseerla de otro modo, sin apercibirse de que al tocarla morirá ella de vergüenza entre sus brazos. No de otro modo sucede á los pueblos que no saben amar la libertad. No ven que ésta es una diosa inmaculada, que contempla con ojos serenos á las multitudes y envía á todas las almas el sagrado fulgor de sus pupilas, pero que no permite que manos profanas se atrevan á tocarla. La libertad ¡oh pueblo! debe ser respetada, pues si la tocáis os abandona.

Hay en estos amores de *Júpiter* una fatalidad terrible, de donde surge todo el drama: *Júpiter* es negro y su amada es blanca. Mas he ahí que de esa negrura surge algo como una claridad de estrellas en una noche tenebrosa: el alma triste de *Júpiter*, embellecida por la abnegación y el sufrimiento. Esa claridad viene á ser como un punto de contacto que le acerca é identifica con la "amada visión blanca", la divina mujer que parece revestida con los resplandores de la aurora. Su heroísmo mueve á admiración y su sacrificio le enaltece á los ojos de aquélla, que para *Júpiter* es, como dijo el poeta, "el adorado imposible de su vida." El es la noche y vive envuelto en ella y no siente que se acerca el día venturoso, la hora feliz en que la luz vendrá á desvanecer las densas sombras de su espíritu. Como vive en perpétua noche, la duda es en él el estado permanente de su alma. Duda de todo; de Dios, de sí mismo, de las personas que le rodean, y sólo vendrá á despertarle la realidad esplendorosa cuando su sino fatal le haya colocado á las puertas de la muerte. Blanca le admira y le compadece á la vez; pero no le ama. Mas la admiración como la compasión suelen conducir de modo inadvertido y por extraña senda al culto del objeto que las motiva, y acaban por imponerse al alma tomando las apariencias del amor. En Blanca únese al mismo tiempo la gratitud, que es otro sentimiento de igual manera comprometedor para las almas delicadas.

Así, pues, procede lógicamente cuando imprime un ósculo en la frente del esclavo, cuando éste, bañada en sangre la cabeza, después de haber sufrido el tormento del aro,—á que le condenan por su obstinado silencio respecto á las revelaciones que le piden,—se desvanece casi en los brazos de ella, anonadado por el dolor físico y por la intensa emoción que le produce el encontrarse al lado de su amada.

Después, agotadas sus energías, atribulado su espíritu, trastornado por la inmensa pena de su amor imposible, ciega por completo. Tiene sed de sangre, de venganza y de odio... De pronto cree haberse salvado: ha tenido una idea portentosa, atrevida, deslumbradora... ¡Ha pensado en una corona de oro, que ha de ceñir sus sienes como las de Fernando VII, su rey! "Voy á cubrir mis cicatrices con una diadema de oro", dice. Y sueña y delira... Oh! Esto será para él la dicha, la riqueza, el poder... el amor de

Blanca! . . . Sobre todo, el amor de Blanca! Tiene en sus manos el rayo y á sus pies las ebrias muchedumbres, que le aclaman. Sí; será rey, y Blanca ya no se avergonzará de él, miserable esclavo antes, y luego, muy pronto, señor todopoderoso.

Un intruso, Beltranena, ha venido á acabar de complicar la situación. Este Beltranena es el espíritu del mal, que viene á soplar al oído de Júpiter cosas horribles: es un hombre sagaz, y hace penetrar en el alma del negro, poseída ya de las embriagueces del éxito, el veneno sutil del odio hacia Celis, el padre de Blanca. Y el negro, que es la voluntad y la acción personificados, se deja, sin embargo, llevar dócilmente por aquel espíritu diabólico, que le conduce á su perdición. Obedece sin discernimiento, inconscientemente, como un sonámbulo que ejecuta un mandato desconocido: no es ya, pues, dueño de sí mismo. Después del admirable sacrificio por el padre de su amada, se enfurece contra éste y piensa en darle la muerte, él, que antes le había dado la vida. ¡Oh contradicción suprema! ¡Y por qué? Por que se había interpuesto como un obstáculo entre su amada y él. Y le mata en el momento decisivo en que Blanca, toda emocionada y palpitante, llega á ofrecerle algo parecido á lo que él soñaba; no el amor, que era un imposible, pero sí el sacrificio de su belleza, de sus tesoros virginales, de todo su sér físico: sería su esposa, pero á condición de salvarle la vida á su padre, su heroico padre, que lo era también de la libertad! Pero he ahí que el padre de Blanca era ya un cadáver, é imposible salvarle, y de ahí nace un conflicto terrible, abrumador, desesperante, sin solución posible, á menos de tener el poder de un Dios. ¿Qué remedio, entonces? . . . ¡La muerte! Y Júpiter se clava el puñal en el pecho, cerrando para siempre la época de sus padecimientos, de sus amores y de sus locas ambiciones.

III

Me he empeñado en hallar en *Júpiter* todo un simbolismo. Así, por ejemplo, como ya en otro lugar lo he expresado, Blanca simboliza la Libertad; Júpiter, el Pueblo; Celis, Delgado y Arce, la Revolución, y Beltranena, la Aristocracia. Pero declaro que no pretendo sostener tal idea, que, por lo demás, no es exclusivamente mía, pues algo hay en ella que pertenece al autor de la obra, y es la de hacer de Júpiter la representación del pueblo.

De propósito me he concretado á hablar casi solo del protagonista del drama, y es porque, á mi humilde juicio, es el personaje que más resalta y el que tiene más vida. Júpiter, á mi ver, es una creación vigorosa y de alto vuelo: su figura sombría se destaca magnífica en medio del marco en que el autor le ha colocado. Blanca, el doctor Celis y Beltranena, que después de Júpiter son los de mayor importancia y significación, vienen á quedar relegados á término secundario y casi se ven eclipsados ante la enorme silueta del esclavo.

No sabré decir si este modo de pensar mío obedece á una impresión demasiado viva ó á una interpretación falsa de la idea del autor; mas de todos modos insisto en afirmar que el drama es una excelente manifestación del talento privilegiado de Gavidia. Si tiene defectos—que no hay duda los tiene—quédense para ser juzgados por otros que tengan mayores alientos y entiendan mejor en achaques dramáticos; pero aún así debo decir, porque así debe serlo en justicia y por si hubiere quien le salga al paso á nuestro joven dramaturgo, que estos no son sino ensayos de un arte nuevo entre nosotros,—aquí donde hasta hoy hemos sido tributarios de países más adelantados en esa materia, así como lo somos de otras literaturas, ya bien delineadas y perfectas. Cuando hayamos llegado á igual altura y tengamos nuestro teatro,—que lo tendremos,—entonces venga, si quiere, la crítica, y muéstrese implacable, si para ello tiene motivos.

PAUL DE GÉRY

Pasionaria

A la luz que jugaba en los cristales
Del balcón entreabierto, pude verla:
Temblaba en sus pestañas virginales
Cual gota de rocío, hermosa perla.

Entre las manos mórbidas sepulta
La frente melancólica, abatida;
Violeta pura en el jardín oculta,
Pálida estrella en el azul perdida.

Sublime en su actitud, emocionada
Hermosea su faz el sentimiento:
Es Francesca de Rimini enlutada,
Eloísa en los claustros del convento.

Ignoro si esa lágrima sería
De placer ó dolor; solo observaba
Que á veces tristemente sonreía
Y á veces tristemente suspiraba.

¡ Misterios son que anublan el espíritu!
Pues del sarcasmo es condición precisa,
Que envuelva una sonrisa alguna lágrima,
Y una lágrima envuelva una sonrisa!

VICENTE ACOSTA

La Casa Vacía

A Macario Garay

Dije aquí mismo, en un artículo pasado: "El alma, después de haber amado, es la casa nueva que se prepara para la novia que llegará". La frase está escrita. Y eso pienso hoy y pensaré por siempre.

El alma! Ah!

Nos levantamos de mal humor, después de una noche de orgía. La mañana es gris, triste. La luz, temblorosa, llega á nuestros cristales: tiene frío y tiritita. Los pájaros del jardín callan. Bajo el dombo color plomizo del cielo invernal, no ríen los follajes, ni murmuran las rosas nuevas, ni recitan madrigales los ramos de azahares que ofrece orgulloso el naranjero. No. No pueden reír, no pueden murmurar, porque á ellas, porque á ellos los asecha el frío, y no usan capas de hule y no tienen paraguas, porque son muy pobres. En la chimenea del *boudoir* bien abrigado, crepita aún un robusto trozo de leña y sobre la mesita de noche, en donde agoniza una bugía, yace abierto el libro que intentamos leer al acostarnos.

¡Qué bostezos! ¡Qué fastidio! Nos incorporamos somnolientos, fastidiados. Ah! Por allí, en el *cabinet* cercano, suenan unos pasos menudos, casi ahogados por la alfombra espesa. Sentimos que una mano corre las cortinillas de la puerta, y asoma tras el cristal limpio una linda cara de mujer y nos ven unos negros ojos y nos sonríen unos labios deliciosos. Es ella, sí, la que amamos; la querida; la que sabe á qué horas llegamos á casa, con la capa mal terciada y el sombrero ladeado; ella, que sabe que hacemos versos; ella, que nos reprocha dulcemente, cuando dan las dos de la madrugada y nosotros leemos aún, arrebujaos entre las colchas. . . . Entra. En sus manos trae la tacita de thé, y sentimos el ritmo de la cucharilla que remueve el líquido. Y ella misma es la que nos sube el agua, la que nos alcanza la bata de casa que yace sobre un canapé, la que nos hace el lazo de la corbata y prende al ojal de nuestra levita la flor que lleva ella en su corpiño. Es *la musa*.

¡Qué vida tan feliz! ¡Qué hogar!

Y esa vida feliz se apaga de momento! Ese hogar, de pronto se desvanece en la sombra!

Llegamos en un día de mal humor. En el café, una florista delicada, una zagala de diez y ocho años, de un fresco rostro de rosa y unos ojos de ciruela, nos ha seducido, con su gracia inocente y sus modales de colegiala. Le compramos flores y le dimos un vaso de *absinthe*, que ella tomó con un mohín delicioso, sentada á nuestro lado. ¡Cómo brilló su labio rojo y húmedo al empaparse en la onda verde y pérfida del licor! Ah!

. . . Ya iba otra mujer seduciendo el alma que era de otra por derecho! Y, esa tarde, al llegar, al sentarnos á la mesa, al ver á la que era el "tesoro de casa", sentimos repugnancia. Así comenzó el drama. Ella, la pobrecita, echó de ver ese cambio. . . Y ya no había sonrisas. . . Y ya no había besos para ella. Ah! ¡El alma es la casa nueva que está lista para recibir á la novia que llega! . . .

Siempre hallamos pretextos para reñirla y cuando compone los libros favoritos que hemos dejado desordenados sobre la mesa de trabajo, se lo tenemos á mal. Cuando ella, sentada al piano, hace brotar lenta, lentamente, bajo sus dedos, una romanza de amor ó una polonesa de Chopín, refunfuñamos y mentalmente le echamos pestes porque no nos deja en paz. Ah! ¡Pobre muchacha!

En un rato de hastío cruel, la hemos dicho: "¡Vete!". . . Y ella se ha ido, llorosa, acongojada. Hemos oído por vez postrera sus pasos menudos, ahogados por la alfombra espesa. Hemos oído el ruido de la campanilla de la puerta de calle y nos hemos levantado de nuestro asiento, hemos arrojado lejos el libro maligno que leíamos, y desde lo alto, á través del cristal empañado por nuestro vaho, la hemos visto cruzar por la avenida enarenada del jardín, entre los grupos de acacias y anémonas, bajo el pabellón de los árboles, envuelta en su negro pañolón, bajo el toldo tornasolado de su sombrilla de seda. . . . ¡Adiós, eh? . . . Y hemos abierto la puerta de calle y hemos esperado á la otra. Allí viene, sí. . . Es la nueva, la que viene á ocupar el lugar que la otra deja vacío. Se oye á lo lejos el rodar de un carruaje. Se acerca ya; por momentos llega. ¡Y qué gozo cuando vemos pararse el cupé frente á nuestra casa, abrirse las vidrieras y bajar ella, la nueva, la que probablemente viene del café y trae los labios mojados de ajeno! Y viene á sentarse á nuestra mesa, á leer en nuestros libros, á hojear nuestros diarios y á arruinar nuestras plumas. ¡Bienvenida! . . . El lacayo ha vaciado en la leve copa cristalina el licor color de pétalo de margarita silvestre! . . . Salud por la que ha llegado! . . . Apuremos la copa! La vida es breve. El goce alcanza lo que dura una primavera. . . .

Sí. El alma es la casa que se alquila, cuando se despide á la querida que nos bota mucho dinero y nos fastidia demasiado.

CONDE PAÚL.

El Album

Como el duque de Buckingham dejaba rastro de perlas, y como los galantes escritores del siglo de Luis XIV hacían derroche de ingenio en sus obras admirables, así quisiera ofreceros, lectoras mías, mariposas de oro y violetas de plata, esperanzas dormidas sobre pensamientos azules y perfumes suaves en copas de esmeralda.

En vuestros ojos se anida la luz y despierta la aurora: á ellos se refirió el poeta árabe en estas seductoras frases: "Dios dijo á vuestros ojos: Sed! y vuestros ojos fueron." No se debe añadir más, porque es ridículo

. pintar el lirio
O un perfume añadir á la violeta.

Pero á propósito de conversación, sobre el blanco mármol de esa mesa veo un libro forrado en terciopelo: lleva artístico blasón en el ángulo superior y sus adornos de plata son como salidos de manos de Benvenuto, y hechos para rivalizar con el lirio de la duquesa de Etampes.

¡Tenéis álbum? Lo celebro: ese libro tan estimado es objeto de las burlas de muchos y es el perpétuo temor de los que emborronan cuartillas. Burlas y temores que carecen de razón.

El álbum es el cofrecito de nácar donde van depositando los amigos, manojos de flores fres-

cas y pétalos de flores marchitas; es cincelada urna para los perfumes que tienen las almas, y que en ella guardados se conservarán por mucho tiempo, como se conservan los aromas orientales en vasos de color azul.

Primoroso estuche de seda destina el afecto para las cartas amorosas: muy en lo justo está que en papel de seda se consignent las frases que dicta el cariño, los pensamientos que nacen al calor de una mirada que enloquece.

Si vivimos de afectos, natural es que éstos se manifiesten, como lo es que cante la alondra, que sueñe el joven, que suspire el viejo.

“La frase vestida con sus cabellos da todo el paraíso perdido;” hay expresiones que envuelven un mundo de felicidades, toda la ternura de las almas. “Habéis herido mi corazón con un dardo de vuestros ojos,” dice el esposo en el Cantar de los Cantares. “Son tan dulces tus cartas, porque ellas me traen pedazos de un corazón todo mío”, dice Julieta con singular encanto

Nada es más agradable que la lectura de los pensamientos, que una mujer inteligente y hermosa confía á su perfumada cartera. La pasión de Eloísa va camino de la mejor expresión de la belleza.

Una palabra puede dar origen á muchos sucesos importantes, producir el efecto que produjo á Racine una mirada de su señor. Teófilo Gautier sufrió por la pérdida de una amistad, él que sentía la sed que nunca apagó Cleopatra.

Para vuestros libros tan estimados, reservan las hadas buenas los maravillosos dones que causan el regocijo de Puck y forman la delicia de Isteul. En ellos deben figurar las rimas preciosas de los artífices de la palabra; y, como en soberbio jarrón, han de lucir las hermosas flores del pensamiento, que es luz y color.

El álbum es el libro en donde la amistad deja los recuerdos que forman el encanto de la vida y las esperanzas que dan aliento á los que van—peregrinos en el camino del sufrimiento—en pos de un ideal que quizá no se realice.

El viajero graba una cifra en el árbol del camino; el que se va, tal vez para no regresar, deja algo que recuerde su paso. Vosotras, lectoras, en vuestros libros conserváis la memoria de los que se fueron. Las palabras consignadas en esas páginas, vivirán mientras vuestro deseo lo mande.

¿Pero á dónde van, Dios mío, las esperanzas que se nos mueren? ¿Cuál es el árbol donde andan las ilusiones que pasaron?

Cuando naufraga nuestro entusiasmo, cuando se escapa el pájaro azul y muere el perfume de la flor querida, el ala sombría del desengaño golpea la frente y desvanece los sueños.

Esas golondrinas que se van en la primavera de nuestra vida, no vuelven, mueren por falta de calor, y si algunas sobreviven, ya no buscan el árbol de nuestras casas, acaso porque no tiene flores, quizá porque nosotros nos fuimos.

Aquellas golondrinas no volverán, no quieren desmentir á Becquer.

LOHENGRÍN

El ídolo

A la sombra del templo ó del bosque
El hombre te dio incienso, y tuviste ara.
¡Qué, ante el ídolo inculto, no inmolará
Que pudiera ofrecer en homenaje!

Hoy, huésped de un museo, ve el ultraje
Con que la ávida ciencia te acapara;
Hoy descifro en la mueca de tu cara
La noción de belleza del salvaje.

Cómo da pena lo que fuera santo;
Cómo desprecio lo que fué consuelo
De álguien que acaso te bañara en llanto!

El velo de Isis: no corráis el velo,
Porque nos dará risa lo que tanto
Nos hizo suspirar por ese cielo!

FRANCISCO GAVIDIA.

Beso nupcial

Cerca, los dos muy cerca, aquella noche
La niña de mi amor estaba pálida;
Y sus manos cogí . . . dentro las mías
Yo las sentí temblar, como las alas
De ave que se aprisiona por cansada.

Se las colmé amoroso de caricias,
Y ciego ante el fulgor de su mirada,
En un raptó de dicha, sus dos brazos
Llevé á mis hombros, y en su frente casta
Puse en un beso apasionado el alma.

A mi cuello enlazó sus manos trémulas,
Brotaron rosas en su faz nevada,
Y un ósculo nupcial le dí en los labios,
Al sentir que mi triunfo coronaba
De aquellos dulces brazos la guirnalda!

ROMÁN MAYORGA RIVAS

Líneas

Dicen que sus sonrisas son la gloria,
Dicen que sus miradas son el cielo;
Pobres gentes! ignoran
Lo que yo sé hace tiempo!

Si los que afirman tal, llegar pudieran,
Cual yo llegué, hasta el fondo de su pecho,
No soñarían jamás con esa gloria
Ni amaran los fulgores de ese cielo.

ISAÍAS GAMBOA

De vuelta

Al sentirme de nuevo en los boulevares, después de cuatro meses de ausencia, se me figura que el que vuelve no soy yo, sino París. Yo volví pronto; á las 7 estaba en el Havre; á las 12 en la plaza de la Opera. París, en cambio, no va volviendo á mí sino poco á poco; mas vuelve tan igual á como se fué, que parece que su viaje no hubiese durado sino una noche.

Ningún cambio.....

Al llegar á la estación, la misma muchacha me da el mismo periódico con la misma sonrisa de otros días. Y en ese periódico, el mismo folletín sigue contando á las pocas personas que aún saben leer en este mundo, la historia de dos enamorados pensativos. Hace cuatro meses los enamorados, que se acaban de conocer, se escribían cartas respetuosas y apasionadas; hoy las cartas siguen siendo apasionadas y respetuosas.....! Dichosos los amantes de novela que aún saben estimarse después de ciento veinte días de amor! ¡Dichosos también los que, leyendo novelas, pueden vivir en un mundo de visiones y de ensueños sin sentir la amargura de las realidades y de los desvanecimientos!

Algo más allá, en la plaza de Chatelet, junto á la Opera Cómica, un gran cartel anuncia la "CENTÉSIMA REPRESENTACIÓN DE *Caballería Rusticana*." Aquí lo único que ha cambiado es el número. Cuando me fuí, la obra comenzaba; hoy la obra agoniza. Que muera en paz y que muera pronto, para que los parisienses no sigan probando que entienden poco de música al ir á aplaudir, ya que la Gran Opera les ofrece, con las obras de Wagner, una ocasión excelente para mostrarse entusiastas.

Porque Wagner sigue siendo el único prusiano que hasta hoy ha logrado hacer una conquista agradable. Sus héroes delicados, caballeros en cisnes, con cascos de plata y corazas de armiño, son siempre los dueños del París que siente.

¿Y los escandinavos?.....¿Y Bionsterne? ¿E Ibsen? También ellos son conquistadores y reyes en la capital del mundo latino. El ejército coligado de las potencias cerebrales del Norte, puede más contra la Francia de hoy con sus armas pintadas, que las siete hordas invasoras de principios de siglo contra la patria de Napoleón.

La última batalla ganada por Henrik Ibsen, señor de Noruega y gran mariscal de los bárbaros de Escandinavia, es el *Petit Eyolf*. Nada tan sencillo y tan formidable al mismo tiempo. Nada tan ingenuo en la forma. Nada tan poco parisiense, en el mal sentido de la palabra. Y sin embargo, nada tan exquisito. Un sabio cuya alma indecisa desconoce las consecuencias materiales de los actos internos, se casa con una mujer sensual y tiránica. De esta unión nace un niño, Eyolf, que no inspira á la madre sino un amor

vago. Cuando Eyolf cumple doce años, su padre trata de emplear en su educación algunas horas del día. La madre considera esto como un robo del tiempo que sólo á ella se le debe, y concluye por desear la muerte del niño. Un milagro diabólico hace que su deseo se realice. *C' est tout.*

Al comenzar esta crónica me proponía contar también el argumento de otra obra escandinava (de Jonas Lie), pero ahora veo que todo lo que sea extractar obras del Norte, resulta inútil. Cuando uno desea decir algo de un drama noruego ó dinamarqués, necesita escribir todo un volumen. Las divagaciones encantadoras de los poetas del Polo, no admiten glosas precisas. Así, cuando un día me puse á hablar seriamente de Ibsen, llegué á escribir las sesenta páginas más fastidiosas de mi libro *Literatura Extranjera*, y en el fondo no dije más que lo que acabo de decir de nuevo en tres líneas.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Gardenias

(TEMA OBLIGADO)

¡Oh! qué hermosas las blancas gardenias
Saliendo del fondo del límpido vaso!
Cómo inclinan sus pétalos frescos,
Sus pétalos frescos de nieve empapados!

Se ven aun en ellas
Las húmedas huellas
Que un día dejaran los frescos rocíos
Y el ósculo suave que el aura viajera
Amante imprimiera.

Hoy esas pálidas, hermosas gardenias
Los tristes recuerdos tan sólo nos traen:
La historia del ritmo que abriendo su broche,
Brindóles la brisa que alienta la noche,
Las notas del cielo que trémulas caen.

Con todo, yo envidio las blancas gardenias;
Acaso la suerte también las destine
A ser el adorno de rubios cabellos,
O de un dulce seno que amante palpita.

SALVADOR DÍAZ.

Maladives

(PARÁFRASIS)

El aire es nuevo; la canción es vieja.—Pasarán siglos y siglos, y aun se rendirá culto al oropel brillante.

Oh! esperad!—El dolor será más raro y el placer más hermoso.—Creed! la fe es antorcha.

Ya pasarán las tinieblas.—Cuando la obscuridad retroceda, cuando la noche flaqueé, soplarán las brisas del crepúsculo haciendo vacilar nuestras antorchas.

¿Creéis cosa fácil, como arrancarle ó destrozarle sus débiles juguetes á un niño, eso de quitar á las almas las viejas aspiraciones, las primitivas ideas?

Tomad vuestros báculos, poneos los lentes, y alejaos, viejos!...idos, idos!...—Histriones, no agitéis los cascabeles!...—dejad el cetro grotesco de la comedia!—Vosotros los que os emborracháis, soltad la copa;—dejad en la mesa de la orgía,—donde el alma se gasta,—el vaso de licor que os toca: —Satanás lo robará.

Aun no tenéis la cabeza encanecida, y ya en vuestros ojos huraños brilla un siniestro resplandor salvaje.—Vuestra cara marchita se descubre,—y á través de la mascarilla rota—los rayos del Sol os buscan.

Sonreid, sonreid!—el día avanza.
El alba se desvanece.

J. ANTONIO SOLÓRZANO

Rimas de Juana Borrero

En el último vapor me ha llegado un precioso librito de 32 páginas, elegantemente impreso en Cuba; se titula del modo más modesto; *Rimas*, y es la primicia intelectual de una señorita habanera, á quien había oído nombrar mucho como poetisa de delicada inspiración, pero de quien había leído poco, casi nada. Se llama Juana Borrero.

Generalmente cuando veo versos firmados por una mujer, sigo de largo, pidiéndola perdón mentalmente por la descortesía. Tengo la idea, quizá no tenga razón, de que las poetisas escriben, casi siempre, muy mal, pues no todas se llaman Lola Rodríguez de Tió, Laura Méndez de Cuenca, Lastenia Larriva de Llona y X. que no quiero nombrar con el objeto de que si alguna lee este artículo se crea con derecho de ser ella la aludida. Y me acuerdo ahora de una anécdota que cae á pelo. Un sujeto muy agudo decía que sólo conocía tres mujeres honradas en la Corte de Francia. Un día, en una tertulia de palacio, conversando la reina con él le dijo:—Caballero, sé que decís que, en vuestro concepto, solo hay tres mujeres honradas en Francia: ¿tendríais inconveniente en decirme quiénes son?—Absolutamente, señora—respondió el interpelado;—la primera mujer honrada es vuestra Majestad; la segunda, mi mujer, y la tercera... la tercera es toda mujer que me haga la misma pregunta que vuestra Majestad. Quedamos, pues, en que la otra poetisa buena que conozco es X. Desde lue-

go, me refiero á las poetisas contemporáneas.

Otra idea que siempre he tenido es que la poesía, esa hermosa florescencia de lo más ardiente y exaltado del alma de los jóvenes, es en las mujeres una florescencia marchita, porque la cultivan generalmente cuando ha pasado la primavera de la vida, cuando aparecen las primeras nieblas del invierno agostador de los años. La mayoría de las poetisas son solteronas sentimentales que lloran debajo de sus incoloros versos el dolor de una juventud sin amores ó con amores infelices. Se dedican á poetisas como las monjas viejas y desengañadas del mundo, á rezar y cantar en el coro y á hacer flores de papel. No otra cosa son las poesías de ciertas poetisas que flores de papel sin el perfume de la juventud ó la maternidad, si bien hay algunas que *florean* bastante bien. La poesía es para la mujer un convento, perdónese me la comparación, en que el verdadero culto estético, la verdadera belleza, la realizan las novicias; es decir, las muchachas, las que tienen el fuego de la juventud, el perfume de la vida, la belleza, la alegría, el amor; las hermanas profesas, las que pasan de los cuarenta... esas á hacer flores de papel y misturas y á cantar con voz gangosa la elegía pesada de sus años estériles. La poesía está, precisamente, en lo que á ellas les falta, en lo que tiene Juana Borrero, la poetisa gentil de la Habana.

*

Abrís el librito de *Rimas* y vuestras miradas tienen un delicioso encuentro con unos ojos negros y luminosos que parecen atentos al juicio que vais á formular de ellos y del rostro en que están colocados. Pues, si sois sincero á la vez que cortesano, diréis que en ese rostro hay una encantadora expresión de dulzura y bondad, que os le hacen en extremo simpático; diréis que en esos ojos han caído dos fragmentos de la noche arrastrando en su caída uno á Sirio y el otro á Venus; que en los labios están perezosamente dormidos los besos y que en la amplia y blanca frente, coronada por unos cabellos artísticamente peinados, caben todos los ósculos desde el purísimo del padre hasta el alegre y juguetón de un niño travieso, desde el beso perfumado de una hermana ó amiga, hasta el ardiente y significativo de un novio amado; sigue un busto de Anadyomena vestida con elegante y sencillo traje negro... después pasáis la hoja con pena, y el Conde Kostia os presenta, en un Exergo, escrito como él sabe hacerlo, á la niña-maga, á la niña-musa.

*

Lo primero que llama la atención es la correcta forma con que están escritas las rimas. Casi siempre los versos de un principiante son muy difíciles, amanerados y ripiosos, por grande que sea su fuerza intelectual. Sin embargo, Juana Borrero escribió sus primeras rimas con una limpieza asombrosa.

También es de admirar el buen juicio de esta señorita que se inicia en el arte sin pulsar la nota erótica. Por más que os esforzáis por encontrar la silueta de Cupido en *Rimas* no lo con-

seguís. Siempre he encontrado algo de impudor, de falta de decoro en que una poetisa joven hable públicamente del amor y dedique versos amorosos á su amado.

Nó, mujeres: el amor debe vivir oculto en vosotras, en lo más hondo de vuestra alma; si lo sacáis á relucir lo mancháis porque el amor que en los hombres está sujeto á todas las explotaciones, hasta la poética, es para vosotras algo santo é inefable que no debe recibir el ambiente cálido de la publicidad, es una planta exótica y delicada que sólo conserva su suave olor é inmarcesible blancura en el conservatorio de vuestros pensamientos íntimos. Juana Borrero, repito, tiene el buen sentido de no escribir composiciones amorosas y eso da á sus hermosas *Rimas* cierta fragancia de inocencia, de pureza, que hace de ellas un ramo de castas violetas. Y no se crea que la joven poetisa tiene un alma fría; por el contrario, es ardiente como toda criolla de ojos negros. No puede haber mas energía de sensibilidad, ni una impresión mas intensa de la vida que la de este soneto,

Himno de vida:

En el misterio de la selva hojosa
estiende Amor su imperio dominante,
allí al posarse en el clavel fragante
se enciende de placer la mariposa.

Allí la abeja ardiente y afanosa
lleva la miel del lirio palpitante,
y el aura lleva el pólen fecundante
al cáliz virgen de la fresca rosa.

¿Oís ese rumor que de la umbría,
como vago concierto, se levanta
cuando aparece el luminar del día?

Es que á su luz enciéndese Natura
y en dulce voz su desposorio canta
con el astro que vívido fulgura!

Un estético ortodoxo sensuraría en este soneto sus vagas tendencias sansualistas; realmente las tiene, pero es á ese sensualismo sano de los grandes artistas que dan cabida en su retina á la visión amplia de la vida pletórica de color, rebozante de fuerzas activas. Es un sensualismo sano hijo del trópico, que prueba vitalidad ardiente y no enfermedad, neurosis, como el de algunos decadentes. Es algo así como la franca ingenuidad del arte clásico en sus admiraciones por la Naturaleza.

La misma corrección y plasticidad parnasianas tiene la composición *Crepuscular*. Es admirable como esta joven, esta niña aún, une la claridad de visión á la precisión léxica en la descripción de las cosas. Si la tendencia del arte moderno es sujestionar en el cerebro del lector un estado psíquico ó de la naturaleza como lo consiguen Heredia y Casal, es indudable que Juana Borrero, una vez educadas y perfeccionadas sus facultades, logrará realizar en sus versos la belleza que aquellos realizaron. Después de leído *Crepuscular* os queda en la retina como un

cuadro, que si sois pintor, podréis reproducir con los pinceles. Allí tenéis los elementos: la penumbra fraganciosa del bosque, el río en cuyo cristal "aletean los cisnes

"... que como un grupo de nevadas flores
resbalan por la tersa superficie"

y cuando el sol se oculta veis surgir de sus escondites, á los murciélagos con sus vuelos torpes de noctívsgos azorados

"... rozando apenas con sus alas grises
del ágrío cardo el amarillo pétalo
de humilde malva la corola virgen."

A vosotros los aficionados á las reminiscencias greco-latinas os recomiendo ese pequeño fronton para un templo á Neptuno. Es un bajo-relieve reconstruido en un soneto marmóreo de Juana Borrero, se titula *Las hijas de Pan:*

Envueltas entre aspumas diamantinas
que salpican sus cuerpos sonrosados
por los rayos del Sol iluminados
surgen del mar, en grupos, las ondinas

Cubriendo sus espaldas peregrinas
descienden los cabellos destrozados
y al rumor de las olas, van mezclados
los ecos de sus risas argentinas.

Así viven contentas y dichosas,
entre el cielo y el mar, regocijadas
ignorando talvez que son hermosas.

Y que las olas, entre sí rivales,
se estrechacan de espumas coronadas
por estrechar sus formas virginales.

Moreas, Plessys y Reinaud, esos modernistas, soñadores en la vida helena y en las mitologías paganas, no habrían escrito un soneto más hermoso, más plástico y más sonoro.

*
¿Cómo clasificaría un crítico á Juana Borrero en vista de sus rimeros ensayos poéticos? Yo la creo modernista. Juana Borrero siente palpitante el ideal en su alma como lo sintió Casal. Es soñadora, sufre aspiraciones vagas, la aqueja la nostalgia del país de la quimera. Sensibilidad exquisita, imaginación rica y nitidez de expresión: eso es la poetisa de *Rimas*, la niña-musa. Belleza, juventud, buen corazón, virtud, eso es la mujer.

*
Ahora lector, dime ¿no estaría yo acertado en sustituir la X de que hablé al principiar este artículo, con el nombre de Juana Borrero?

CLEMENTE PALMA

Lima—1895.

Imprenta Nacional.